

18 ADO 1960

Odeon

NOTABLE PUESTA EN ESCENA

“La Moscheta”, de Ruzzante

LA VIDA de Angelo Beolco pertenece definitivamente a la leyenda. Sábese que nació en Padua, a principios del siglo XVI y que en esa misma ciudad falleció a la edad de 40 años. Beolco —llamado “Il Ruzzante”— fue cómico de la legua, aventurero y autor. Pero de todo aquello que pudo valorizar su tránsito por este mundo impío, ha quedado la herencia de una veintena de obras admirables, definitorias de una época —la del Renacimiento— que tan singular importancia tiene en la historia de la civilización.

Y así como Benedetto Croce señaló con agudeza impagable lo irrisorio de las investigaciones encaminadas a determinar la autenticidad de la existencia de Shakespeare, así también en el caso del Ruzzante es factible remarcar la superficialidad de esas búsquedas de laboratorio. Lo trascendente de este autor del “cinquecento” italiano está dado justamente por sus obras, como “La Moscheta”, estrenada el martes en el Odeón por el Teatro Estable de Turín bajo la dirección de Gianfranco de Bosio.

Teatro vigoroso el de Ruzzante, descriptivo aunque no superficial; de lenguaje franco y desprejuiciado —aún para su época—, es trasunto de una realidad popular, masiva y de una identificación con la naturaleza. Tal vez lo revolucionario en Angelo Beolco se halle en la insospechada penetración psicológica de que hace gala, sedimento indudable de un contacto directo con el ser humano en su transhumancia de artista infatigable.

Gianfranco de Bosio, con su personalísima versión escénica, ofreció un espectáculo que difícilmente habrá de olvidarse. Ha descubierto para nosotros el mundo de Ruzzante. Y esta afirmación —quizá un poco presuntuosa— haría obvia toda otra adjetivación. El director supo desdeñar sabiamente la fácil derivación farsesca o esteticista, para culminar en una consecuencia de densidad trágica, de la que el espectador no pudo sustraerse. Del factible pasatiempo, De Bosio arrancó una tremenda conmoción humana. Téngase en cuenta, asimismo, que la pieza fue dada a conocer en su dialecto original —el padovano antiguo, que es ya una lengua muerta y desconocida hasta para la gran mayoría de los italianos— con lo que se creaba una gran dificultad (inclusive para el cronista, claro está) para la exacta captación del texto dramático. Pero la calidad de la puesta en escena hizo por momentos prescindible el inconveniente.

La interpretación fue a todas luces magnífica. Franco Parenti enfrentó la ardua tarea de encarnar al absorbente protagonista con un despliegue espiritual y físico notable. El burlado y lastimero Ruzzante; el ingenuo, temeroso y trágico Ruzzante, fue surgiendo paulatinamente, estrechamente controlado y detallado por el actor, hasta arribar a la escalofriante tensión del final. En un mismo plano de excelencia actuaron Edda Albertini, Virgilio Zernitz y Alessandro Espósito, que junto a Gianni Mantesi, en el prólogo, y Carla Parmeggiani, en una fugaz intervención, completaron el reparto de este espectáculo memorable. Factor decisivo en el logro total fue Mischa Scandella, que con su escenografía creó una verdadera obra de arte.